

hábil como Luis XIV, ¿qué suerte podía esperar esta desventurada monarquía? Luis XIV apareció como el terrible vencedor de Francisco I, y vino en ocasión en que no hubiera necesitado ser un héroe para invadir nuestras apartadas posesiones de Italia y Flandes, cuando Portugal había tenido la audacia de venir á provocarnos dentro de nuestro propio territorio: y la nación que se vió forzada á reconocer formalmente la independencia de Portugal, no es maravilla que perdiera en tres meses la mayor parte de la Flandes, y que viera al monarca francés hacer en quince días la conquista del Franco Condado. Un ejército del vecino reino ocupaba parte de Cataluña; y Messina se levantaba al grito de: ¡Viva la Francia! Los tratados de Aquisgran y de Nimega iban sumiendo á España en el abismo de la nulidad.

Habían cambiado los papeles de Europa, y la dominación universal con que á principio del siglo XVI habían amenazado Carlos V y la España, venía á fines del XVII de parte de Luis XIV y la Francia. La Europa se llenó otra vez de pavor y asombro. Mas á pesar de la coalición de Augsburgo para atajar las invasiones incesantes de la Francia, encubiertas bajo el insidioso nombre de pacificación, y para conservar la integridad del imperio tal como le garantizaban los tratados de Westfalia, Nimega y Ratisbona, España no logró reconquistar las provincias perdidas en la guerra que se siguió, y hubo de sufrir nuevas invasiones, no obstante tener que luchar la Francia á un tiempo con Inglaterra, Holanda, Suecia, Saboya y el Imperio. Fué rompiendo la liga, y á España alcanzaron sus mas fatales consecuencias.

No acostumbrado Luis XIV á la idea de ver la Europa conjurada contra un hombre solo, procuraba mañosamente desarmarla con capciosas paces y con tratados artificiosos, cuya supuesta infracción le diera pretexto para nuevas declaraciones de guerra. El hombre que aparecía generoso, bombardeaba despues de un tratado de paz á Oudenarde, Génova, Alicante, Barcelona y Bruselas. Si en la paz de Riswich se prestó á restituir á España las conquistas hechas despues de la de Nimega, hizolo por contentar á los españoles para que se dejaran imponer un rey de su familia. Con la alegría de la paz olvidáronse las potencias del gran principio que las hiciera aliarse; olvido feliz para Luis XIV, y que todos los esfuerzos del Austria no alcanzaron á subsanar despues.

Mientras la monarquía se desmoronaba, la corte era un hervidero perenne de miserables intrigas palaciegas. El rey, la reina madre, Nithard, Valenzuela y Don Juan de Austria, daban abundante pasto á la murmuración y á la maledicencia pública; y el pueblo, que presenciaba las miserias de la corte en medio de la ruina de la monarquía, parecia encontrar un desahogo á sus males en las sátiras, libelos y pasquines con que diariamente se le entretenía, denunciándole flaquezas que no ignoraba, mas viéndolas representadas bajo formas picares y festivas, mostraba alegrarse de que le hicieran reír, á trueque de no llorar.

Aborreciendo á los sucesivos favoritos de la reina viuda, fijaba su cariño en Don Juan de Austria, que aparecía como el único capaz de dar vida al desfalleciente reino; y cuando se acercó á las puertas de Madrid, hubiérale tal vez aclamado rey sin reparar en que fuese hijo de una cómica, si él hubiera tenido mas audacia y mas altos pensamientos; pero contentóse con un destierro para el confesor y con un vireinato para sí. Cuando despues fué primer ministro, no correspondió el acierto del gobernador á la fama del guerrero. Don Juan perdió su popularidad, y murió desopinado despues de una administración tempestuosa. Como si los nombres hubiesen sido necesarios para hacer mas palpable la decadencia de España de los primeros á los últimos príncipes austriacos, vino este Don Juan de Austria, hijo bastardo de Felipe IV, á recordar con dolor las glorias del otro Don Juan de Austria, hijo bastardo de Carlos I.

¡Cuánto habia degenerado esta familia de reyes! El biznieto de Felipe II, de aquel monarca que habia gobernado al mundo por sí solo, vióse alternativamente dominado por una madre, por un hermano, por dos esposas, por confesores, por camareras intrigantes y por magnates codiciosos. El que de niño habia tenido que ser llevado hasta los cinco años en

brazos de una aya, no pudo de rey marchar nunca sin andadores.

A la desmembración que de sus posesiones sufría por fuera agregábase dentro la penuria de la hacienda, que nunca á tan desdichada estrechez llegara. Era un mal heredado, que habia venido agravándose con las generaciones. Sucediáanse ministerios, discurríanse arbitrios, creábanse juntas magnas, imaginábanse expedientes, útiles algunos, injustos muchos, absurdos otros, ridículos y extravagantes los mas, eficaz ninguno. Pusiéronse en venta los títulos de Castilla y las grandezas de España, y vióse á un simple curial sin mas categoría que la de paje, y al hijo de un maestro de obras y otros sujetos de la clase mas ínfima del pueblo, á los unos grandes de España, á los otros títulos de Castilla. Concióbióse la idea de entregar al clero la administración pública y de confiar la dirección de la hacienda, guerra y marina á los cabildos de Toledo, Sevilla y Málaga. El ejército de tierra apenas llegaría á veinte mil hombres mal disciplinados y casi desnudos, la marina á trece galeras de mal servicio, y la población del reino á menos de seis millones de habitantes. Véase languidecer, extinguirse á un tiempo la nación y la dinastía reinante.

Sin esperanzas ni de sucesión ni de salud el monarca, litigase entre potencias extrañas la sucesión española, y por dos veces se reparten entre sí nuestro territorio como hacienda sin dueño. Mostróse Luis XIV en estos tratados de partición el negociador mas activo y el político mas astuto y mañoso, pero tambien el menos fiel y el menos sincero aliado. En la misma corte de España bullían y se agitaban el partido francés y el partido austriaco, que prevalecían alternativamente según las influencias que accidentalmente dominaban. El desgraciado monarca, hipocondriaco y enfermo, asediado y hostigado por todos, tímido, vacilante, irresoluto y zozobroso entre instigaciones y consejos, opuestas pretensiones, personales afectos y escrúpulos de conciencia, estrechado por embajadores, grandes, inquisidores, confesores, consejeros y ministros, no acertaba á resolverse á nombrar sucesor. La Europa entera pendía de sus labios, y Carlos no pronunciaba. Representósele hechizado; muchos creyeron en el maleficio; él lo creyó tambien, y su confesor le exorcizaba con la fe mas cándida y mas pura. Consultábase á los teólogos, á los juristas, al pontífice; apelábase á las respuestas de las mujeres endemoniadas; y todos, hasta los malos espíritus, intervenían en el negocio de la sucesión á la corona de Castilla, menos las Cortes del reino, con las cuales no se contaba.

Firmó, por último, Carlos en el lecho de muerte el documento que fijaba la disputada sucesión. Falleció á poco tiempo el atribulado monarca. Abrióse con toda solemnidad el codicilo. La política de Luis XIV habia triunfado. El elegido era su nieto el duque de Anjou. Felipe V de Borbon era el rey de España. La dinastía austriaca habia concluido.

Esta dinastía, como la antigua de los Trastamaras, habia pasado en dos siglos, como aquella, de la actividad mas vigorosa á la nulidad mas completa. Aun fué mayor la degeneración de Carlos I á Carlos II, que de Enrique II á Enrique IV. No carece de exactitud ni de genio la pintura que de esta degradación hace un ilustre escritor contemporáneo. «Carlos V, dice, habia sido general y rey; Felipe II fué solo rey; Felipe III y Felipe IV no supieron ser reyes; y Carlos II ni siquiera fué un hombre.»

Obstinada la dinastía austriaca en dominar la Europa, despobló la España, sacrificó sus hijos, agotó sus tesoros y ahogó sus libertades políticas.

Quiso abatir la Francia é imponerle un rey de su dinastía, y sufrió la ley providencial de la expiación, siendo ella misma la que llamó á un príncipe francés á ocupar el trono de España. Y á tal extremo de desolación habia venido nuestro pueblo, que hubieron los españoles de mirar como un bien el ser regidos por un príncipe extranjero, uno de los últimos recursos de los pueblos agobiados por los infortunios. Era el año 1700.

Si los reyes católicos hubieran resucitado, ¡cuántas lágrimas de amargura hubieran vertido sobre esta pobre España que dejaron tan floreciente y con tantos elementos de prospe-

ridad! Si es que podían reconocer en la España de fines del siglo XVII la misma España que ellos lograron en principios del siglo XVI!

XIV

«Desde este instante ya no hay Pirineos.» La Europa alarmada recogió estas palabras fatídicas con que el gran Luis XIV apostrofó al nuevo monarca español al salir para España con el superior beneplácito de su abuelo. En siglo y medio no las ha olvidado, y en nuestros días ha tenido ocasiones de recordarlas.

El tratado de los Pirineos produjo el testamento de Carlos II. Había en aquel una cláusula que se procuró hacer desaparecer en este. ¿Se invalidaba la renuncia de María Teresa al trono de España estipulada en las capitulaciones matrimoniales de los Pirineos, con la condición de que no se reuniesen en una misma persona las coronas de Francia y España puesta en el testamento de Carlos? ¿Cuál de las dos dinastías alegaba mejor derecho á la sucesión española, la rama austriaca ó la rama borbónica? ¿Cuál era mas conveniente á España? La cuestión de derecho y la cuestión de conveniencia las resolvieron la voluntad del rey y la voluntad de los españoles. Había además para Europa la cuestión de forma. La política capciosa de Luis XIV habia desabrido al Austria y burlado á las potencias signatarias de los tratados de partición. La guerra, pues, era inevitable. Pero tenemos la convicción de que cualquiera que hubiese sido el fallo de este gran litigio, se hubiera apelado de él al terrible tribunal de las campañas, que es donde por desgracia se fallan siempre en última instancia las querellas de los príncipes y los pleitos de las naciones.

Cuando estalló la guerra, halló á Luis XIV esperándola con arma al brazo, y cuando las primeras águilas imperiales penetraron en las posesiones españolas de Italia, encontraron al gallo francés despierto y vigilante y preparado á la pelea.

Francia y España luchan ahora solas contra la Europa confederada. Nuestra península se ve invadida por oriente y occidente. Las escuadras anglo-holandesas cruzan nuestros mares, cañonean nuestras plazas y destruyen nuestros escasos bajeles. Valencia, Aragon y Cataluña se levantan contra Felipe V, y proclaman al archiduque Carlos de Austria. Estamos en plena guerra de sucesión.

España y Austria se encuentran guerreando entre sí, en expiación de las faltas respectivas. Austria, que causó la ruina de España envolviéndola en temerarias y costosas guerras exteriores, recoge ahora el fruto de su funesto sistema teniendo que lidiar con esos mismos españoles que han excluido su fatídica dinastía y defienden con las armas á un príncipe de la familia mas enemiga del imperio. España paga el error de haberse enflaquecido por robustecerse la casa de Austria, y de haber antepuesto á su felicidad doméstica el brillo de las conquistas exteriores. Un Carlos archiduque de Austria, rey de España, y emperador de Alemania despues, fué el que movió aquel desbordamiento de la España. Otro Carlos archiduque de Austria, que tambien ha de ser emperador de Alemania, es el que trae ahora sus legiones á pelear dentro del territorio español en reclamación de un trono de que ha sido excluido. Al cabo de dos siglos (¡tan lentas son las grandes lecciones de la historia, porque tan lento es el desarrollo de la vida de los pueblos!) Carlos VI de Alemania se ve reducido al papel de pretendiente desairado al trono español por consecuencia de la política iniciada por Carlos V de Alemania.

Parece imposible que en el estado de abandono, de desnudez y de miseria en que habia dejado Carlos II el ejército, las plazas y el erario, pudieran los castellanos solos desenvolverse de tan cruda guerra, teniendo que combatir á un tiempo en levante y en poniente, contra ingleses, holandeses, portugueses y alemanes, y lo que es mas, contra catalanes, aragoneses y valencianos, distraídas las fuerzas de su única aliada la Francia, en el Rhin, en Italia y en los Países-Bajos. Y sin embargo, los triunfos de Almansa y de Villaviciosa hicieron ver á la Europa conjurada cómo sabían sostener los castellanos con las armas al monarca á quien una vez juraran fidelidad.

Ayudáronlos Berwick y Vendome. Cien banderas cogidas á los aliados en Almansa fueron á adornar las bóvedas del templo de Nuestra Señora de Atocha. Felipe V y los castellanos venían: peor estrella alumbraba á Luis XIV y la Francia. España se rejuvenecía con su joven rey: Francia declinaba con su viejo monarca, á quien faltaban á un tiempo el vigor y la fortuna. Era una casa fallida que se iba sosteniendo, aunque mal, con el antiguo crédito.

Los tratados de Utrech pusieron término á la sangrienta guerra de sucesión, y aseguraron en el trono de España la dinastía de los Borbones, renunciando Felipe V sus derechos eventuales á la corona de Francia, y haciéndolo á su vez los príncipes franceses de los que pudieran tener al trono español, de modo que nunca pudieran unirse ambas coronas. Solo no se adhieren á los tratados Austria y Cataluña. Austria no cede un punto de sus pretensiones, y Cataluña prefiere erigirse en república á reconocer la autoridad de Felipe de Borbon: arranque de energía, que no fué sino un testimonio mas del genio impetuoso de los naturales de aquel suelo, pero que costó á Cataluña la pérdida de sus amadas libertades, como ya le habia costado á Valencia y Aragon.

No se compró la paz de Utrech sin costosos sacrificios. Inglaterra no quiso soltar sus presas de Gibraltar y Menorca; y cediendo España la Sicilia, Nápoles y Cerdeña, fué borrada del catálogo de las potencias de primer orden. La Gran Bretaña se propuso mantener el equilibrio europeo agrandando las naciones pequeñas, y dióse Sicilia á la casa de Saboya con derechos á la corona de España en el caso de extinguirse la línea de Felipe V. Hicieronse otros repartimientos que alteraron la faz de Europa.

Con el advenimiento del nieto de Luis XIV al trono español supúsose desde luego que el gabinete de Madrid giraría dentro de la órbita que le designara el de Versalles. Mirábase al de España como un satélite del gran planeta, y entonces no era una calumnia, era una verdad y una consecuencia. El monarca francés surtía de confesores al rey de España, de camareras á la reina, y de administradores á la nación. Los embajadores franceses obraban como ministros españoles, y los ministros españoles eran como embajadores franceses. Felipe sin embargo se identificó pronto con su patria adoptiva; juró muchas veces vivir y morir con sus amados españoles, y lo cumplió. Cuando Luis XIV, acobardado por los reveses, le propuso firmar con las potencias aliadas un tratado ominoso á España y á sus derechos, dirigía á su abuelo estas enérgicas y sentidas palabras: «Ya que Dios ciñó mis sienes con la corona de España, la conservaré y defenderé mientras me quede en las venas una gota de sangre: es un deber que me imponen mi conciencia, mi honor, y el amor que á mis súbditos profeso... Con la vida solamente me separaré de España, y sin comparación preferiré morir disputando el terreno palmo á palmo al frente de mis tropas á tomar un partido que empañe el lustre de nuestra casa....»

Aquí Felipe no es ya el príncipe francés, sino el monarca español. No es ya el joven tímido é inexperto que inclina humilde la frente á los mandamientos de un abuelo prepotente, sino un rey celoso de la honra de su reino y de su trono, que da lecciones de enérgica entereza á un anciano á quien abandona el vigor asustado por los contratiempos. Felipe V se atrevió á decir: «Aun habrá Pirineos.» Y los hubo. Por eso no le faltó nunca el cariño del pueblo castellano; y este admirable concierto entre el pueblo y el monarca fué el que produjo aquellos recíprocos esfuerzos que salvaron la monarquía, aunque con pérdidas dolorosas.

Y, sin embargo, este príncipe que tan español se habia hecho y que tanto debía á los castellanos, se acuerda una vez de que es francés, y altera la antigua ley de sucesión á la corona de Castilla. El que debia su trono á una mujer, priva á las hembras del derecho de sucesión en el trono, y establece á disgusto de la nación la ley Sálica poco modificada. Innovación fatal, que al cabo de ciento y veinte años habia de ser invocada por un descendiente suyo para pretender suplantarse á la reina legítima, y que aunque revocada por otro monarca y por las Cortes del reino no ha podido esta nación libertarse de sufrir las calamidades y estragos de una guerra civil.

La corte de Luis XIV emancipó al rey y al gobierno español de la tutela del de Versalles; y las segundas nupcias á que pasó Felipe V con la princesa de Parma, trajeron en derredor del trono otras influencias que dieron diversa dirección á los negocios y distinto rumbo á la política.

Viva se mantenía la animadversión entre Austria y España, y aun las potencias signatarias de los tratados de Utrech habían quedado al pronto tranquilas, pero ninguna contenta. Pronto se ve la Europa hondamente agitada y de nuevo revuelta á impulsos de un genio turbulento, que enmaraña á todas las naciones, que halaga con la Sicilia al duque regente de Francia y fragua conspiraciones en París para desposeerle de la regencia; que promete á Inglaterra y le busca enemigos en Escocia; que entretiene y engaña á Holanda, que auxilia á Venecia contra el turco, que suscita en todas partes enemigos al imperio, que convida á Ragotzy á posesionarse de la Transilvania y á inquietar la Hungría, que proyecta con Rusia y Suecia una expedición contra la Gran Bretaña, que lucha con Francia en el país vasco y en Cataluña, con Inglaterra, Holanda y el Imperio en el Mediterráneo, que promueve alianzas y tratados, que atreviéndose á rasgar las estipulaciones de Utrech, reclama para España las posesiones allí cedidas, que reconquista á Sicilia y Cerdeña, que levanta formidables ejércitos de tierra y hace respetar otra vez el pabellón español en los mares, que reanima el genio de España y le restituye un puesto importante en el sistema político de Europa.

Este gran revolvador del mundo, que de tal suerte intimidó á las potencias europeas con su asombroso talento y sus gigantescos planes, que las mas poderosas se ven obligadas á conjurarse contra su persona y á exigir á Felipe V su separación como preliminar de la paz, es un clérigo italiano, es el hijo de un pobre hortelano de Plasencia, que ha sido él mismo campanero de una iglesia de aquella ciudad de Italia, que por su propio mérito se ha ido encumbrando hasta elevarse al alto puesto de primer ministro de Felipe V de España, y de consejero y confidente de la reina Isabel de Farnesio, que ha alcanzado el capelo de cardenal engañando al papa como engañaba á los demás soberanos: es el abate Julio Alberoni. Felipe V accede á hacer salir de España á Alberoni; se estipulan los tratados, y España y Europa parece quedar otra vez tranquilas.

Desde las segundas nupcias de Felipe, uno de los monarcas en cuyo ánimo han ejercido mas dominio sus mujeres, un pensamiento invariable, una idea fija descuella en la marcha de su gobierno, y constituye por mas de treinta años el blanco de su política. Este pensamiento se revela en todas las negociaciones diplomáticas, se trasluce en las alianzas y en los rompimientos, se descubre en los tratados de Londres, de Viena, de Sevilla y de Fontainebleau, predomina en los congresos de Cambay y de Soissons, es el alma de la política traviesa del fecundo Alberoni, subsiste durante la larga privanza del buen Grimaldo, dicta los atrevidos proyectos del presuntuoso y fantasmagórico Riperdá, sirve de norte á los planes del hábil Patiño, guía al honradísimo Campillo en su prudente y corta administración; él es el que inspira á Felipe la renuncia de San Ildefonso, el que le decide á volver á empuñar el cetro abdicado, el que trasciende en los dictámenes del consejo de Castilla y de las juntas de teólogos, el que concierta y deshace enlaces de príncipes, el que promueve las guerras y los acomodamientos, el que alienta las arriesgadas empresas de los hijos de los reyes, las comprometidas operaciones militares del prudente Montemar y del intrépido Gages, el que absorbe los tesoros, el que preocupa los ánimos en los palacios y en las campañas, el que conmueve muchas veces la Europa y trae en constante inquietud y desasosiego á España. A este afán, que gasta toda la vitalidad de Isabel de Farnesio, y á cuyas sugestiones no puede resistir el débil é hipocondriaco Felipe, se encaminan todos los cuidados, todos los pactos, todas las empresas, y ante él se oscurecen y eclipsan todos los demás propósitos y fines. Este pensamiento de una madre solícita, incansable y ciega de amor á sus hijos, es el de recobrar las posesiones españolas de la península italiana para colocar en ellas como soberanos á los hijos del segun-

do tálamo de Felipe, y á impulsos de este anhelo se han perturbado muchas veces España y Europa, y el amor delirante de una madre ha influido grandemente en el cambio de condición de las naciones europeas.

Asombro universal causó cuando se supo que se había firmado la paz con el imperio. Montes de oro costó á España esta negociación, mas nada le importaba á la reina con tal que redundara en la mejor colocación de sus hijos. Manejóla secretamente el ministro Riperdá, famoso aventurero holandés (que siempre, y entonces mas, ha parecido España la tierra de promisión de especuladores advenedizos), que de embajador de Holanda se trasformó en ministro español, que de protestante se hizo católico, y de católico se convirtió en musulmán: gran arbitrista, que despues de haber hecho instrumentos de su ambición primeramente á Lutero y luego á Jesucristo, quiso por último servirse de Mahoma, y concluyó su carrera de aventuras en Tetuan, hecho bajá y apóstol de una nueva secta mahometana.

Isabel de Farnesio, á vueltas de mil negociaciones y dificultades, ve al fin á su hijo Carlos, el que algun dia ha de ser rey de España, posesionarse de los ducados de Parma y de Plasencia. Tres años despues, los vencedores de Almansa triunfan de los austriacos en Bitonto, la bandera de Castilla tremola otra vez en aquellas antiguas posesiones españolas, el príncipe Carlos es proclamado con entusiasmo rey de Nápoles y de Sicilia, y el orgullo español y el amor de madre se ven á un tiempo halagados. Las naciones se cansan de tan costosas lides, y se ajusta el tratado definitivo de la paz.

Poco tiempo se saborearon sus dulzuras. Vaca el trono imperial de Alemania, y á instigación de Isabel se presenta el rey católico entre los muchos competidores al imperio. Otra vez se desenvainan las espadas de todas las naciones al grito de guerra. La solícita madre ve una ocasión para que su segundo hijo Felipe pueda conquistarse tambien á favor de la turbación general alguna soberanía en su querido país de Italia, perpetuo tema de sus dorados sueños. Nuevas y sangrientas complicaciones. Guerras en Italia. Funesto comportamiento de Inglaterra para con los dos príncipes españoles. Fatal derrota de Campo Santo: terrible sorpresa de Velletri. Felipe en Lombardia; triunfal entrada en Milan. Paz entre el emperador y Francisco II. Desavenencias entre las dos ramas de la familia Borbon, y torcida conducta del gabinete de Luis XV. Isabel de Farnesio se conforma con el pequeño patrimonio de Parma y Plasencia para su hijo Felipe.

Hubo en el largo reinado del primer Borbon un brevisimo paréntesis, que pareció insignificante, y sin embargo encerraba profundos é importantes arcanos: el de su solemne abdicación en su hijo Luis, y el reinado de este jóven príncipe que pasó como las flores que nacen y mueren en un dia, y que apenas legó á la historia sino un nombre mas que intercalar en la cronología de nuestros reyes. ¿Será cierto que nunca devoraron á Felipe V mas ambiciosos proyectos que cuando rezaba como un monje desengañado del mundo en el coro de San Ildefonso, ó cuando para distraer su misantropía cazaba en los bosques de Balsain? ¿Lo será que pareciendo querer imitar en su retiro de la Granja á Carlos V de Alemania en Yuste, se semejó mas á Alfonso IV de Leon en Sahagun? Lo que no tiene duda es que salió como este del solitario lugar tan luego como murió su hijo para volver á empuñar el abdicado cetro, y manejarle todavía por espacio de otros veintidos años.

Aquel palacio de San Ildefonso, con su colegiata, sus bellos jardines, sus elegantes y soberbias fuentes, cuyos surtidores de agua representan los arroyos de oro que en ellas se invirtieron, esa obra famosa de Felipe V, nuevo Versalles construido al pié de un escarpado monte, prueba la magnificencia de los primeros reyes de la dinastía de Borbon, si bien no muy compatible con los ahogos del erario. El adusto monasterio del Escorial revela la época severa de Felipe II: los amenos jardines de la Granja simbolizan la época fastuosa y elegante de Luis XIV. En siete leguas de distancia se recorren dos dinastías y cerca de dos siglos, y toda la travesía es ingrata y pobre como los reinados que los dividen.

Mas si se coteja el mísero estado en que el último monarca de la casa de Austria dejó la hacienda, el ejército, la marina,

el comercio y la industria española, con el que se registra en el reinado del primer Borbon, España debió felicitar por el cambio de dinastía. Aquellos veinte mil hombres desorganizados y medio desnudos de los últimos tiempos de Carlos II, aparecen multiplicados como por encanto, ostentando Felipe V á los ojos de la Europa admirada al terminar la guerra de sucesión un ejército de ciento veinte batallones y de ciento tres escuadrones disciplinados y aguerridos. Aquella docena de casi inservibles galeras que dejara el postrer monarca austriaco, preséntase en los mares bajo el primer Borbon trasformada en respetable escuadra de mas de veinte navíos de guerra con trescientos cuarenta buques de transporte y treinta mil hombres de desembarco. La industria y el comercio, casi exánimes en los últimos reinados, reciben el impulso que los escasos conocimientos de aquel tiempo en estos ramos permitían. Y aunque las medidas para su fomento solían ser menos acertadas que patrióticas, publicábanse ya escritos luminosos, y al través de los errores de la ciencia y de los obstáculos de las preocupaciones, vislumbrábase ya el sistema de las franquicias, y se levantaban muchas fábricas. El francés Orri hubiera necesitado mas tiempo del que le permitieron las intrigas palaciegas para desenmarañar el caos de la hacienda: el creador de los intendentes no pudo hacer sino incoar algunas reformas, y no dejó de corresponder á la fama que traía de entendido rentista. Riperdá, á vueltas de sus jactanciosas utopías, suministró ideas económicas que fueron útiles despues. Era un loco que no carecía de conocimientos. El honrado español Campillo dió un golpe oportuno para libertar al pueblo de la plaga de los arrendadores asentistas de que Orri habia querido emanciparle ya. Trabajábase en regularizar la administración, pero faltó energía para alterar el funesto sistema de impuestos. Las guerras consumieron inmensos capitales, y la nación se encontró con una deuda de cerca de cincuenta millones de duros.

Educado Felipe V en los principios de la escuela política de Luis XIV, poco podia esperar en favor de las antiguas instituciones populares de Castilla.

Las rebeliones de Valencia, Aragon y Cataluña sirvieronle para acabar de extinguir las de aquel antiguo reino. El pueblo castellano, avezado como estaba por espacio de largas dominaciones á la ilimitada autoridad de los príncipes, no se inquietaba por la idea de recobrar la libertad civil, y solo vivían sus recuerdos en ilustradas individualidades. El Santo Oficio continuaba fulminando sus sangrientos fallos con toda la actividad de los tiempos de su juventud. Algo, no obstante, se habia adelantado. Felipe V no honraba con su real presencia los autos de fe, ni los tomaba por recreo como Carlos II.

Un hombre hubo ya en este tiempo, de vasta capacidad, de asombrosa erudición, de sólida virtud y de incontrastable fortaleza de ánimo, que quiso libertar la autoridad real del vasallaje de la Inquisición, volver al trono y á la potestad civil las atribuciones que el tribunal de la fe les tenia usurpadas, emancipar la corona de la dependencia de la tiara pontificia en los negocios temporales, y devolver sus antiguas libertades á la Iglesia española. Hubiera tal vez aquel hombre insigne recabado de Felipe V tan grandes reformas, si con la venida á España de Isabel de Farnesio y la caída de la princesa de los Ursinos no se hubiera encumbrado en derredor del trono el partido italiano. Tomóle este por blanco de sus iras, y cúpole á Macanaz la suerte que por lo comun está reservada al apostolado de las ideas, el martirio de la persecución. Amábase el rey, pero supeditado por inquisidores y jesuitas, le desterraba del reino: seguía queriéndole en el extranjero, y le mantenía proscrito; le nombraba representante en el congreso de Cambay, y no se atrevía á abrirle las puertas de la patria.

Entre tanto, encomendados á otras manos los asuntos de Roma, negociábase la púrpura cardenalicia, y se admitía al nuncio á trueque de conseguir el capelo, y se prometía el capelo á condición de que se admitiera al nuncio: contrato entre partes en que la doctrina canónica no hallaba ocasión de intervenir. Así se hizo el ajuste de 1717, y á parecido precio se obtuvo el concordato de 1737, si bien en este comenzaron ya á triunfar las ideas de Macanaz: hasta que en el de 1753 san-

cionó ya la Santa Sede el patronato universal de la corona de España.

En el autor del *Memorial de los cincuenta y cinco párrafos*, y de los *Auxilios para gobernar bien una monarquía católica*, vemos el representante del primer albor con que se anunciaba la regeneración política de España. El entendimiento de Macanaz marchaba delante de su siglo. Muchas de sus máximas religiosas y políticas habian de ser puestas en ejecución por los sabios ministros del gran Carlos III, y algunas eran tan avanzadas que muchos pueblos de los que mas progreso han alcanzado en la carrera de la civilización aun no han podido verlas planteadas en el siglo XIX. En las desapasionadas páginas de nuestra obra hallará por lo menos la justicia que le fué denegada en su tiempo: diminuta compensación que por nuestra parte podemos dar al magistrado incorruptible, al sabio publicista, al hombre de la expatriación y de los calabozos.

Suelen no caminar al mismo paso el desarrollo de la ciencia política y el de otros ramos de los conocimientos humanos. Felipe II que dejaba cantar á los poetas tan libremente como quisieran, no permitía la circulación de una sola idea que tendiese á menoscabar la plenitud de la potestad real. Luis XIV empuñaba con una mano el cetro del absolutismo, y con otra erigía academias científicas de que plagaba el suelo de Francia: con una levantaba el catafalco de las libertades francesas, y con otra encendía mil lumbres de gloria. Así mientras su nieto en España permitía á un inquisidor que prohibiera los escritos políticos de Macanaz, creaba por otra parte bibliotecas, academias y universidades á ejemplo de su abuelo. Nacieron entonces la de la Lengua y la de la Historia, la Biblioteca Real, el Seminario de Nobles y el colegio de San Telmo. La revolución literaria iba preparando sin que él mismo lo sintiese la revolución política. Feijóo abrió una herida mortal á las preocupaciones populares, citándolas ante el tribunal del espíritu analítico, de la razón y de la filosofía. A pesar de la cautela con que se vedó á sí mismo el examen de las materias políticas y religiosas, todavía fué delatado al Santo Oficio. Pero el sabio benedictino tuvo la suerte de alcanzar el reinado de Fernando VI, cuyos ministros le pusieron á cubierto de toda persecución. El proceso del P. Froilan Diaz habia marcado la transición del reinado de Carlos II al de Felipe V: el proceso del P. Feijóo divide y marca perfectamente el tránsito del reinado de Felipe V al de Fernando VI.

Por primera vez despues de tantos siglos de eternas luchas subió al trono español un príncipe, que mirando las guerras como el mas cruel azote de la humanidad proclamó el sistema de paz á toda costa. La de Aquisgran vino en 1749 á colmar los deseos del bondadoso Fernando VI. Desde este momento se encastilla en una prudente y estricta neutralidad, y deja que peleen cuanto quieran las demás naciones. Francia é Inglaterra, rivales antipáticas que se acechan para batirse, rompen de nuevo las hostilidades, y cada cual solicita para sí con ahinco la amistad y el apoyo de España. Fatíganse en vano ministros y embajadores por inclinar el fiel de aquella balanza á un lado ó á otro. Ayuda á Francia el imperio, pónese la Prusia de parte de Inglaterra, España permanece neutral. Brindan los franceses á Fernando con Menorca, los ingleses le hacen la ofrenda de Gibraltar; tentadores eran los ofrecimientos, pero se estrellan contra la imperturbable impassibilidad del rey, lo mismo que la actividad diplomática. Igual lucha sustentaban dos ilustres miembros del gabinete español, predilecto del rey el uno, preferido de la reina el otro, queriendo el uno inclinarle á la alianza francesa, el otro á la amistad británica. Pero deshaciendo Carvajal la trama que Ensenada urdía, especie de tela penelópica tejida y destejida en el taller de la diplomacia, iba manteniendo Fernando la nave de la neutralidad entre contrarios vientos sin dejarla irse á fondo, y la paz era mas honrosa cuanto la nación se veía por dos estados poderosos acariciada. Situación nueva para España, y seria difícil encontrar otra análoga retrocediendo siglos.

Así mientras las vecinas naciones sufrían los estragos horribles de la guerra, aquí, á la sombra saludable del árbol de la paz plantado por un monarca benéfico, prosperaban la